

**ALFONSO DELGADO**

*Emily Dickinson. Poesía completa*  
(Traducción de Enrique Goirolea)  
Amargord, Madrid: 2013  
*Poesía completa de Emily Dickinson*  
(Traducción de José Luis Rey)  
Visor Poesía, Madrid: 2013  
*Cartas*  
Lumen, Barcelona: 2009

El jardín lleno de hortensias. Siempre que contemplo "la flor de mundo" evoco su sombra. Las hortensias pueden tener diferentes colores, pero las que ella prefería se teñían de malva azulada, casi blanco. Le parecían más secretas y por tanto las más hermosas. Podemos imaginarnos a la señorita Dickinson, hace casi doscientos años, en su jardín interior, en la umbría, con su vestido blanco, cercano a la muerte, rodeada de plantas, de vegetación, respirando la humedad de la tierra, con la belleza que regala el claroscuro, sintiendo el roce del miriñaque de su vestido con la hojarasca y el musgo

Morí por la Belleza  
pero apenas yacía en la tumba,  
cuando dejaron a uno que murió  
por la Verdad  
en la estancia contigua

me preguntó en voz baja la causa  
de mi muerte  
"Por la Belleza" dije  
"Y yo por la Verdad - Las dos  
son una sola-  
somos hermanos", dijo-

Así, como allegados que de  
noche se encuentran  
hablamos tras los muros  
hasta que el musgo alcanzó  
nuestros labios  
y cubrió nuestros nombres

Emily Dickinson (Amherst, Massachusett, 1830-1886) vivió fuera del tiempo de los otros. Sin embargo, la poeta oculta, conocía lo que pasaba en el mundo, aunque no quisiera interactuar con él, como una espectadora curiosa, sabía mucho más de lo que pensaban sus conciudadanos, a pesar de su soledad o su extravío interior. Mucho antes de que Virginia Wolf demandara "una habitación propia", Emily había decidido tener "una vida propia". Igual que los otros buscan la recompensa de la celebridad, el éxito o la compasión, ella encontró su refugio en la escritura, en el silencio. Su belladona era la poesía, no precisaba otra luz ni otra brújula para explorar el mundo, un talismán colgado sobre el pecho que siempre la acompañaría. Seguramente se asustaría al saber que hoy es considerada la más grande poeta de las letras norteamericanas, que su obra, secreta mientras vivió, se ha divulgado, sin llegar a vulgarizarse, convirtiéndola en un ser inmortal.

Si la poesía de Walt Whitman representa el cambio ardiente de la joven América, resplandeciente, sensual, externa, la obra de su contemporánea Dickinson es su reverso, no representa a nadie, ni pretende dar mensajes, es personal, interna, íntima y profunda, como una caverna.

Hasta los 31 años, llevó una discreta vida, tuvo una educación esmerada, era hija de un juez y su destino era el matrimonio convencional. Sobre su vida todo son conjeturas pero su obra es contundente, concentrada, clave para la poesía libre contemporánea. Luego comenzó a vestirse de blando y su conexión con el mundo fue por las cartas que escribía, y como lectora insaciable. No deseaba salir de casa.

¿Padeció, tal vez, un trastorno agorafóbico? No hay estudios que lo planteen. Quizás, ante

la hostilidad social, eligió el aislamiento. Su clase social le permitía cómodamente ser la hija soltera que decide quedarse con sus padres, cuidarlos y no tener que ejercer ningún trabajo ingrato fuera del hogar ¿Pero qué podía ofrecerle una sociedad conservadora en un pueblo del medio-este norteamericano?

Inquebrantable, áspera a veces, sosegada. Dura y tierna, solemne, erudita, apasionada, inteligente. Emily es el producto genuino de una vida introspectiva, cuando aún William James no había escrito su tratado sobre las emociones ni Freud había formulado la base del psicoanálisis, tras los visillos de una ventana vemos la figura recortada de una mujer

sensible, herida, que escribe, lee o interpreta al piano sonatas de Mozart. No es la puritana calvinista que alguien ha descrito, no le interesaba el Dios de las ceremonias religiosas dominicales donde la gente se exhibe y canta salmos. Ella, como todas las grandes mujeres, fue una visionaria, una "Casandra" en la epopeya no escrita de la América profunda.

Aunque, en vida, sólo se conocieron cinco, escribió alrededor de 1.780 poemas e innumerables cartas. Al fallecer, fue su hermana Lavinia la que puso todo su empeño en que los poemas vieran la luz. Muy pronto llegó el reconocimiento y el éxito. Emily era una mujer pequeña, discreta, que no se consideraba agra-

# EMILY DICKINSON, EXTRAÑA Y ÚNICA



Emily Dickinson según una realización pictórica de Alfonso Delgado.



ciada. No sé en qué momento comenzaron a llamarla la *bella de Amherst*. Seguramente Dickinson detestaría eres calificativo porque es la forma irónica y equivocada de hablar de la mujer, no de la escritora, ni del ser humano. Impresiona la mirada de Emily en el daguerrotipo que nos la quedado de ella, cuando sólo tenía 16 años. Sus ojos fieros, inquisidores, las cejas altivas, la nariz chata, la boca gruesa, con una sombra de duda. El vestido oscuro, sobrio, severo, deja ver unas manos pequeñas que parecen acariciar un ramito de flores silvestres. A esa edad no había traspasado la frontera hacia el vestido blanco, el no color. En la imagen, la raya de su pelo parece dividirla en dos ocultando, tímidamente, sus orejas. En el cuello, una cinta, como único adorno. Sobre la mesa, un libro, Es un retrato único y magnífico. Al parecer, nunca volvió a dejarse retratar ¿Parar el tiempo? Quizás no quiso envejecer como los demás, pero su atuendo blanco no es el de novicia o joven casadera. Más bien parece haber elegido prematuramente su mortaja.

Emily Dickinson fue una gran lectora y ese fue su balcón abierto. Adoraba a Shakespeare porque todo está en él, pero también leyó a Emerson, Elizabeth Barret Browning, Keats, Dickens o las hermanas Brontë, la poesía de la dulce Anne, la pasión borrascosa de Emily y especialmente la destreza narrativa de Charlotte. Al leer *Jane Eyre* comentó en una de sus cartas su atracción, en el primer momento, por la desgraciada protagonista, para luego identificarse con Antoinette-Bertha, la incomprendida, la demenciada esposa del señor Rochester, encerrada contra su voluntad en torre de la mansión. Seguramente a Emily le hubiera emocionado leer *El ancho mar de los sargazos*, la novela de otra escritora excepcional, Jean Rhys, hoy considerada escritora de culto, que abordó, en 1966, el personaje de Antoinette, la cautiva, reivindicándola y salvándola del ostracismo.

La obra de Dickinson parte de su mundo personal hacia la búsqueda de algo más trascendente, inmaterial y eso es lo que la distingue, lo que la hace diferente, única, precursora en la concepción de la existencia como un camino personal, convergente, concentrado en su lectura personal de las cosas. Posiblemente esto favoreció su deseo de clausura, de no distraerse o desviarse con lo que le parecía fútil o vano. “Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro”. Así, quizás, fortuitamente llegó a sus manos un libro de viajes, tan frecuente ya en el siglo XIX, con una lámina del volcán Tenerife. Sin moverse de su casa, escribió un poema inspirado en la visión majestuosa del Teide.

Ah, Tenerife, monte apartado  
honor de edades para tu altitud,

Posiblemente, esto favoreció  
su deseo de clausura, de no  
distraerse o desviarse con lo  
que le parecía fútil o vano.  
“Para viajar lejos no hay  
mejor nave que un libro”.  
Así, quizás, fortuitamente  
llegó a sus manos un  
libro de viajes, tan  
frecuente ya en el siglo XIX,  
con una lámina del volcán  
Tenerife. Sin moverse de su  
casa, escribió un poema  
inspirado en la visión  
majestuosa del Teide

el sol revive sus puertas zafiro,  
el día te deja su rojo Adieu!

Aún cubierto en manto de hielo  
ojo de granito, oído de acero,  
ajeno pareces a pompa y partida  
¡Ah, Tenerife, suplicamos en quietud!

Emociona saber que aquella muchacha de Massachusett se sintiera inspirada, con tanta distancia, para expresar las sensaciones que le transmite la magia del volcán perdido en una isla del Atlántico. Quizás esa misma distancia y su exquisita sensibilidad la ayudaron a ver lo que probablemente muchos habitantes de la isla no han llegado a descubrir.

Se ha especulado también sobre su vida amorosa. Sólo ella tiene la llave para abrir las estancias que puedan permitirnos descubrir o intuir sus sentimientos más íntimos. Esa llave es su propia obra, contenida pero a la vez, vehementemente. Se ha escrito sobre su relación epistolar con Charles Wadworth, su afinidad y el amor que sentía por su cuñada Susan Gilbert o la pasión no comprendida por Otis Phillips Lord, quien equivocadamente le propuso matrimonio. El poema 249 fue dirigido a éste último.

¡Noches salvajes, noches salvajes!  
si estuviera contigo  
esas noches serían  
nuestro deleite  
Vanos vientos  
para un corazón en puerto  
¡Nada de brújulas,  
nada de mapas!

Remando en el Edén  
¡Ah, la mar!  
¡Si yo supiera anclar  
Esta noche en ti!

No encuentro una expresión más certera y moderna del libre deseo amoroso, por eso a Dickinson no queda más remedio que revisitarla, invocarla en estos momentos difusos, como un cuento gótico o una de esas maravillosas películas clásicas, que con el paso del tiempo son cada vez mejores.

*Born 1830-Called back in 1886* (Nacida en 1830-Reclamada 1886) éste es su epitafio. Sus últimos deseos, dirigidos hacia su hermana Lavinia, un féretro blanco, un vestido también blanco y lilas sobre el pecho. Que nadie en este mundo la viera muerta y que sacaran su cuerpo, discretamente, por la puerta trasera de su casa. Como si nada hubiera ocurrido y su paso por la tierra hubiese sido un mero trámite.

Su actitud vital fue especial hasta el fin de su existencia, rebelde, no sumisa, pero casi invisible y leve, especial, única ¿A qué otra cosa puede aspirar un ser creativo? Su casa, su habitación, la cocina, el jardín, son su paraíso. Se autosequestró y disfrutó placenteramente de su “síndrome de Estocolmo”. Construyó su ética y su estética como una arquitecta, su espacio escénico como una escenógrafa, su texto teatral y seleccionó quien debía darle la réplica. Se expresó con las palabras justas y adecuadas, elegante, culta, bebiendo de Shakespeare, los griegos y la Biblia.

Ella decidió que actitud debería asumir ante la vida, incluso cuál era el atuendo adecuado, que flores, y qué color, qué música. Se interesó por el mundo pero no quiso mezclarse activamente con él. Posiblemente hoy sería una gran cinéfila o abriría la ventana a Internet para saber más y viajar, sin gran esfuerzo.

Hay una mujer en la ventana iluminada, solitaria, semioculta en la noche, a la que no podemos alcanzar, pero que nos reclama insistentemente. La mujer que escribía desde la intuición se convirtió en poema.

Enero, 2014

[www.alfonso-delgado.com](http://www.alfonso-delgado.com)